Master Negative
Storage Number

OCI00042.22

Juan Pulgon

Madrid

[1894?]

Reel: 42 Title: 22

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00042.22

Control Number: ADT-2404
OCLC Number : 29681542
Call Number : W 381.568 H629 v.2 JUANP
Title : Juan Pulgon.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1894?]
Format : 32 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: cs

(CUATRO PLIEGOS)



JUAN PULGON



MADRID
Despacho, calle de Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.



Imprenta de M. Minuesa.—Miguel Servet, 13.

JUAN PULGÓN

I

El marqués de la Morera estaba irritado, colérico, endiablado, porque se había exacerbado su gota y porque su hijo no venía á pedirle perdón, sometiéndose á su voluntad: recibió una carta de Luis, cuyo sobre le llenó de alegría.

El marqués supuso, porque lo deseaba, que su hijo entraba en razón, y abrió estremecido de alegría la carta, cuyo contenido era el siguiente:

«Excelentísimo señor marqués de la Morera:

—¿Por qué me da tratamiento este tuno?—dijo el marqués interrumpiendo su lectura.—¡Ah! Sin duda por aparecer humilde, ¡pícaro!; y hay que agradecerle el sacrificio, ¡pobre muchacho! ¡Maldito barón! Haberse permitido tener fuera de matrimonio una joya tal como Fernanda: ¡pobre muchacha! Pero, en fin, sería un disparate: case usted á su hijo con una bastarda; adultere usted su descendencia; esto no puede ser; y es el caso... que lo siento; pero, ¿qué remedio?, es necesario que cumplamos con nuestro deber, y el cumplimiento de éste es tanto más meritorio cuanto son más terribles los sacrificios: continuemos:

«Padre y señor: Acabo de casarme.

La carta se cayó de manos del marqués; se agitó convulsivamente en su sillón; se crispó; se puso rojo, y dejó ver una expresión espantosa.

Durante algunos segundos no pudo hablar.

Al fin gritó de una manera terrible:

—¡Sebastián! ¡Sebastián! ¡aquí! Que venga al momento mi abogado; que le busquen donde esté; si no quiere venir, que lo traigan á la fuerza. ¿Qué haces, pícaro, que no has echado ya á correr?

El criado salió á escape.

El marqués quiso recoger la carta y no pudo; tan entorpecido estaba en su sillón por la gota.

—¡Ah malvado! ¡Miserable! Se ha casado..., ¿con quién?, con una hija del viento, de las nubes, que se ha caído por el ca-

ñón de la chimenea, que no tiene nombre—exclamó, más bien rugió el marqués, pugnando inútilmente por coger la carta. —¡Maldita gota! ¡malditos cincuenta años! ¡Ah! no le vale; si yo pudiera moverme... ¡ah! Pero yo le llamaré, le engañaré, vendrá, creerá que soy un padre de mazapán, un padre débil, un padre inocente: poco á poco, señor mío; ya nos veremos: si usted ha perdido la dignidad, yo la conservo por usted y por mí. ¿Quiere usted bastardear mi descendencia, ingerir en mi familia una muchachuela, una pobre diabla, sin apellido, completamente oscura, resultado de una bajeza de ese botarate de barón? ¡Ah! pero estoy yo aquí. Usted no es mi hijo, no, señor; usted no es mi hijo: un hijo mío no se degrada de tal modo: el señorito, las ideas nuevas, las ideas malditas sostenidas por miserables bandidos: ¡que todos somos iguales! ¿Quién ha dicho eso? La canalla que se insolenta. Pues bien, señor mío, ¿se ha ido usted con la canalla? Usted no es hijo mío, no; decididamente usted no es mi hijo. ¡Ah! ella paralítica, muda. ¡Oh! Si no estuviese muda, yo le arrancaría un vergonzoso secreto. ¿Por qué tardó la marquesa dos años en tener un hijo, y después no ha vuelto á tener otro?

Los ojos del marqués giraron de una manera horrenda, y se puso lívido en fuerza de rojo.

—¡Oh! Siempre me atormenta esta idea espantosa: mi hermano Gaspar, ¡ese infame!; Margarita le protegía; más de una vez, seducido por ella, le di dinero, dinero que se tragaba la tierra. ¡Siempre, siempre esa sospecha horrible!... Pero Margarita es una santa, es mi esposa; y, sin embargo, ese muchacho empieza á tener el alma de Gaspar; esas ideas de igualdad, esas ideas masónicas, infames. ¿Acaso Gaspar no me irritaba sosteniendo contra mí esas ideas absurdas, detestables? Ellas le han llevado á presidio, y aún no ha concluído su camino; ellas le llevarán al cadalso; y ese muchacho piensa lo mismo que él, con la única diferencia de que conserva aún algún pudor: esta maldita carta... ¡Vamos! no la puedo coger; quiero acabar de leerla, saborear los horrores que sin duda contiene. ¡Cristóbal! ¡Cristóbal!

Apareció otro criado en la puerta.

—Ven acá; recógeme esta carta—le dijo el marqués.

Cristóbal dió al marqués la carta y salió.

II

El marqués asió bien la carta para que no volviera á caérsele de las manos, y leyó de nuevo, con voz opaca, entrecortada, trémula por la cólera.

«Padre y señor: Acabo de casarme. Un deber de concien-

cia y una necesidad imperiosa me han obligado á ello. Este deber de conciencia no representa una falta del ángel que ha unido su existencia á la mía, ni esta imperiosa necesidad mía de unirme á ella ha consistido en que, como hombre de honor, haya tenido que reparar una falta, no.

Pero ella hubiera muerto sin mí, perdida la esperanza de unirse conmigo, y hé aquí mi deber de conciencia, evitar su desesperación y su muerte; hé aquí la necesidad que he tenido de evitar también mi desesperación y mi muerte.»

El marqués se detuvo, y sus ojos giraron extraviados.

—¡Cobarde, miserable, infame bastardo!—exclamó.—Otro á quien Dios hubiera favorecido haciéndole lo que él era, no hubiera vacilado; se muere antes que degradarse; y ¿qué necesidad tenía de morir? ¡Bah!, esos caprichos se pagan... ¡Amor!... No hay amor: entre nosotros, antes que el cariño está la razón de rango, sí, la continuación de un nombre ilustre y sin mancha. ¡Qué escándalo! ¡Qué olvido tan abominable de los buenos principios y las ideas rectas! Pero, señor, ¿dónde vamos á parar? Esto es un contagio: hasta la locuela de mi sobrina dice también que ante todo es el corazón: ¿y esto piensan nuestras hijas á los quince años? Bien le decía yo á mi hermano: los colegios son abominables; á ellos va todo bicho viviente; todos se llaman nobles: á un convento, hermano, á un convento, y no á un convento cualquiera, sino á las Calatravas, á las Comendadoras, á las Salesas Reales; allí se conservan las buenas ideas, allí... ¡eh! ¿Qué diablos me importa á mí mi sobrina? ¿Qué me importa nada? Bastante tengo conmigo: veamos, veamos hasta dónde llega la audacia y la desvergüenza de esta carta.

III

El marqués continuó leyendo.

«Padre mío: No ha sido suya la culpa de lo irregular de su nacimiento; no ha sido mía tampoco la de haberme puesto en el caso de contraer una obligación sagrada; ella se creía hija legítima del barón del Molino, aunque la conducta de su padre para con ella le pareciese extraordinaria. Yo no podía ni aun sospechar la verdad; no conocía al barón; no sabía que sólo tenía dos hijos varones; creí, socialmente hablando, igual mía á Enriqueta, y antes de revelarla mi amor con palabras, pedí á usted una autorización, que me concedió con placer. ¿Ha dejado de ser Enriqueta lo que era? No. ¿Podía cortarse ya una pasión que se había apoderado de nosotros, constituyendo parte de nuestra existencia, ó, más bien, nuestra existencia entera? ¡Imposible!

Contrariar esta pasión era suicidarnos; yo podía sacrifi-

carme á mi condición arrostrando todas las consecuencias del sacrificio; pero no podía, no debía sacrificarla á ella.

He cumplido con mi deber ante Dios y mi conciencia. No pretendo persuadir á usted de que la rigidez de nuestros usos, ó más bien de nuestras leyes aristocráticas, se ha modificado en gran manera; que hoy empiezan á considerarse la gran virtud, la grande educación y la grande hermosura como una verdadera aristocracia. No tengo autoridad para ello, y comprendo que están demasiado fuertemente arraigadas en usted las antiguas, severas é intransigentes creencias. Si yo pretendiese que usted las modificase, sólo conseguiría irritarle más. No, padre mío; basta con que me sea duramente sensible la irritación que de seguro causará en usted un enlace que debe parecerle monstruoso y degradantemente desigual.

Pido á usted perdón por haberme visto en la dura necesidad de causarle un profundo é inolvidable disgusto, y le ruego considere siempre como su hijo amante y respetuoso á—Luis.»

IV

—¡Bueno! ¡Bien! ¡Magnífico! Se me da parte con altivez, con una altivez oculta por palabras blandas, por palabras corteses, hipócritas, insolentes, irritantes, criminales; pero tan mal oculta, que por encima de las letras salta la insolencia; eso es, sí, ¿qué importas tú, viejo gotoso? Desherédame en buen hora; puedes desheredarme, no le hace. ¡Bah!, ahí está el señor rey, que cuando te mueras, que no tardarás en morirte, porque tu gota debe irritarse más y más con este doble golpe que te doy en el corazón y en la cabeza... ¡Asesino! El señor rey, para demostrar que puede más que los grandes, me devolverá el título y los estados de que me desheredas. ¿Por qué? Porque el rey tiene el dominio absoluto, sí, señor; porque el rey puede hacer lo que quiera de sus vasallos, y aunque nosotros somos grandes vasallos, al fin y al cabo somos vasallos. Y ¿por qué ha de ser esto? ¿Por qué el rey ha de deshacer lo que las leyes ordenan, lo que las leyes determinan? ¡Ah! Porque el rey es la ley: no, señor, el rey no es la ley; la ley la hace el rey con el reino; no hay ley si no la aprueban las Cortes y el rey no la sanciona y la promulga; y las Cortes somos nosotros, los próceres, el brazo noble; el estado llano nos necesita y hace por necesidad lo que nosotros queremos; no, no, señor rey, vuestra majestad no es la ley; la ley está sobre vuestra majestad; si nosotros no queremos elevar á ley una proposición vuestra, no habrá ley. ¡Ah! Pero somos vasallos, somos cobardes; si yo dijese: ¡amigos míos, hermanos míos, mis iguales, protestemos contra la tiranía.

no se atrevería ninguno; temerían la cárcel perpetua, la confiscación! ¡Palaciegos, aduladores, cobardes! No, no; yo no le deshéredo, no; sería inútil; la ley sería hollada, rota, escarnecida mi memoria; mi nieto sería un marquesillo ridículo, un vale nada, manchado por la bastardía, á quien podría obligar el cuerpo colegiado de la nobleza á cruzar su blasón con una banda negra de derecha á izquierda. ¡Ah, infame Luis! ¡Maldito seas de Dios, tú, que manchas mi casa, tú, que asesinas á tu padre!

V

El discurso del marqués hubiera sido sin duda más largo, á no ser porque la excitación, la sofocación, la bilis, le cortaron la palabra.

Para él, grande infatuado, que había heredado toda la soberbia de su padre y era mucho más intransigente que él, el enlace de Luis con una hija natural, con la nieta de un pescador gallego, era la desgracia de las desgracias, la deshonra suprema, que caía como una maldición de Dios sobre su casa.

Si aquella carta le hubiera anunciado la muerte de su hijo, no le hubiera aterrado más.

Es imposible formarse una idea exacta de lo que era el fanatismo jerárquico de aquellos buenos señores: no comprendían que no podía existir la nobleza sin que empezase por un villano, por un plebeyo, por un siervo ennoblecido, y, por consecuencia, emancipado por el rey á causa de una acción heroica, cuando no de un bajo é infame servicio.

Confesar lo primero era confesar la nobleza del alma concedida por Dios; confesar lo segundo era conceder la potestad real para crear nobleza en un plebeyo: esto hubiera sido atacar á la nobleza por su base; el orgullo jerárquico había sido envuelto ya por el fanatismo; las genealogías se falsificaban por los reyes de armas para adular á los nobles y obtener una mayor recompensa, y todo noble descendía de un rey.

Hubo un tiempo en el siglo XVII en que las exigencias de la moda hacían descender á los nobles de San José, lo cual era calumniar al buen santo, ó de Santa Ana, y no se atrevieron á decir que de la Virgen María, porque la Inquisición hubiera tomado cartas en el negocio y hubiera quemado con los papelotes á los que con ellos se ennoblecían.

Estas cosas, debajo de las cuales salta el ridículo repugnante de la vanidad estúpida, cuando las toca, no ya la filosofía, sino el buen sentido, producen resultados muy serios, tales como la situación en que se encontraba el marqués de la Morera por el casamiento de su hijo; casamiento inorgá-

nico, por decirlo así, insufrible, contra el cual era necesario hacer cuanto fuese posible para evitar, según el marqués, fatales consecuencias.

La vanidad ignorante ha producido más dramas, más desventuras y más horrores que el crimen.

¡Y todavía luchamos! Esa reacción que ruge bajo las grandes masas ilustradas, emancipadas, prepotentes, está envuelta en una dalmática de rey de armas.

La ley de desvinculación ha herido á la nobleza, y la nobleza, vencida, irritada, impotente, mira hosca á sus vencedores; se aisla, se separa de ellos; muere tísica, aburrida, entre la oscuridad que envuelve su ostentoso y blasonado lecho de agonía.

La aristocracia de todo género, los privilegiados, luchan en la sombra pretendiendo extenderse, llenar el espacio, apagar la luz.

Pero la industria, el trabajo, la división del capital, la economía política, la ciencia, avanzan invencibles, determinando una revolución pacífica, gigantesca, que quebranta los grandes capitales y cura lentamente las supremas miserias.

VI

El marqués de la Morera tuvo al fin delante de sí, respetuosamente sentado y sombrero en mano, á su abogado consultor. Le hizo leer la carta, le puso al corriente del negocio y esperó su dictamen.

El letrado, que era uno de estos que tienen la memoria á prueba de siglos, revolvió todo el derecho constituído en la parte que tenía relación con el asunto; disertó largamente, probando que el marqués no podía desheredar á su hijo.

—¿Y qué medio hay para que yo desherede á ese pillo?

—Uno solo, señor marqués—contestó el abogado;—pruebe vuecencia que su hijo no es su hijo, y pleito concluído.

—¡Ah! ¿sí?—dijo el marqués,—pues me alegro; no tengo más que confesar una falta mía, sacar un poco á la cara la vergüenza, revelar un secreto.

—¡Cómo!—dijo con asombro el abogado, que tenía de hombre de bien todo lo que le faltaba de talento.

—Sí, señor; ese canalla no es hijo mío.

—¡Señor marqués!—exclamó severamente el abogado,—cuidado con que no arrastre á vuecencia la pasión á un extremo increíble, incomprensible; cuidado con que vuecencia, por un orgullo mal entendido, haga que Dios le formule un terrible cargo cuando se sirva llamarle á juicio...

—¡Cómo se entiende!—exclamó rojo de vergüenza, más que de cólera, el marqués.—¿Cómo se atreve usted á supo-

ner?... Basta. Hágame usted el favor de salir; quiero estar solo.

—Bien, señor marqués; pero antes de dar un paso impremeditado, mi deber, á pesar de la cólera de vuecencia, me prescribe decirle: consulte vuecencia con su confesor; esta consulta, más que de un abogado, es de un ministro del Señor: guarde Dios á vuecencia.

Y el digno letrado salió de la estancia.

El marqués llamó á Sebastián.

Pero en vez de mandarle que fuese á buscar á su confesor, con arreglo al consejo de su abogado, le dijo:

—Tú debes conocer algún pícaro, Sebastián.

—¡Yo! ¿Que conozco yo pícaros, señor? Yo no conozco á ningún tunante—contestó Sebastián, que creyó que se le echaba encima alguna tormenta.

Todo mayordomo tiene tan enferma la conciencia, que cualquier cosa le alarma.

—Pues si tú no conoces á un pícaro, ó á muchos pícaros —contestó el marqués,—conocerás á alguien que conozca un ciento; antes de dos horas necesito tener aquí á un bribón.

—Bien, señor, se buscará un perdido; se echará mano al primer hombre de mala facha que se encuentre por la calle.

—Bueno, bien—dijo el marqués;—pero un bribón que deje conocer que alguna vez ha parecido persona decente, ¿me entiendes? No vayas á traerme un pillo de chaqueta que al entrar saque con una mirada el plano de la casa.

—Bien, señor; vuecencia quiere un noble arruinado.

—Eso es; una cosa por ese estilo: ¿te acuerdas de Gaspar, mi hermano mayor?

—¡Pobre D. Gaspar!—dijo Sebastián.—¿Qué habrá sido de él?

—¡Cómo, infame, pobre D. Gaspar! Conque después de haberme comido un tesoro, cuando ya me cerré en banda y no le di un cuarto más, porque no debía dárselo, ¿no anduvo por todo Madrid, con los codos y los zapatos rotos, diciendo á todo el mundo: «¡miren ustedes cómo me tiene el avaro marqués de la Morera, mi hermano!», y enseñaba un horrible garrote, con el que decía que me iba á romper la cabeza? ¿Y te atreves á decir delante de mí ¡pobre D. Gaspar!? Malvado, ¿no se le capitalizó la pensión?... Responde, no te estés ahí con la boca abierta. ¿No fuiste tú, pillo, con ocho criados cargados de dinero á llevárselo?

—Sí, señor.

—¿No se le dieron dos millones de reales? Responde, hombre, responde.

—Es cierto, señor marqués.

—¿Y cuánto tiempo le duró á D. Gaspar aquel dinero?

—El señor D. Gaspar tenía muchas deudas, señor.

—¿Y por qué tenía deudas?

—Era al fin hermano de vuecencia; debía honrar á la familia

viviendo como correspondía á su rango, y con cinco mil duros, señor, no se puede ir muy lejos: vuecencia gasta cien mil.

—Oye, Sebastián, abusas demasiado porque te conozco desde que nací; te insolentas, te atreves á disputar conmigo.

—Dios me libre de disputar con vuecencia, señor: es que conozco desde niño al señor D. Gaspar, á quien amaba mucho el señor marqués difunto, y yo le amo también, no lo puedo remediar.

—Pero ¿qué diablos estamos hablando de mi hermano Gaspar?

—Yo no lo sé, señor.

—¡Ah! Sí, á propósito del mal hombre que necesito que me busques, y que deseo sea así, como era D. Gaspar cuando andaba con los codos rotos y el garrote.

—Bien, señor, ya sé lo que vuecencia quiere, y voy á buscarlo.

—Pues anda, y procura volver pronto—dijo el marqués.

Sebastián salió con el semblante apretado, disgustado, escandalizado, y diciendo en voz baja:

—¿Para qué querrá el señor que se le busque un pícaro? Desde que se indispuso con el señorito no tiene la cabeza sana; y la señora cada día más paralítica; y los otros dos hermanos del señor enfermos; las desgracias llueven sobre esta casa, ¡cómo ha de ser!; pero no puedo ver lo que sucede sin afligirme.

VII

Apenas atravesó Sebastián la plazuela de la Paja y torció por un costado de la iglesia de San Andrés, se detuvo, mirando con fijeza á un hombre que estaba recostado contra la pared de la iglesia tomando el sol.

Hacía un hermoso día.

El hombre á quien observaba Sebastián tenía unos cincuenta años. En su semblante aparecía la expresión de una degradación completa, pero bajo la cual podía adivinarse una fecha lejana, una historia terrible de la que sin duda procedía aquella degradación.

La educación imprime carácter; hace generalmente la fisonomía.

Aquel hombre no era un ser vulgar.

Vestía bastante bien sus harapos, y comía con cierta distinción, aunque con los dedos, un arenque asado que tenía en la mano izquierda sobre un pedazo de pan; un sombrero de copa, abollado, grasiento, roto en la parte superior, sombrero comprado tal vez á un trapero para sustituir otro peor, cubría su cabeza, dejándose ver una frente inteligente, pero con una inteligencia cínica; frente pálida, de color impuro,

rugosa, bajo la cual se extendían unas cejas canas, pobladas, que se unían sobre una nariz fina, demacrada y astuta.

Bajo aquellas cejas relucían unos pequeños ojos de mirada inteligente que armonizaba con la expresión helada, digámoslo así, de una boca de labios delgados y casi blancos.

Por último, á los dos lados de este semblante caían dos mechones de cabellos canos, pero con un cano impuro, del color del lino pasado, podrido; y su barba estaba larga como de no haberse afeitado en un mes; una corbata lustrosa en fuerza de vieja, convertido lo negro en pardo, y desfilachada, rodeaba su cuello flaco y largo, sobre un chaleco alto, al que faltaban la mayor parte de los botones, cerrado con alfileres, de una tela y de un color indefinibles; un pantalón roído en sus extremos, que alguna vez debió ser negro, con rodilleras recosidas, manchas y agujeros, bajo los cuales se veía otra tela; unos zapatos rotos y en chancletas, y como prenda principal, un levitón desforrado, rasgado, descosido, dobladas las mangas, para acortarlas, lo que demostraba que aquel levitón no se había hecho para quien lo vestía: hé aquí el traje y el aspecto general de nuestro hombre.

Su descripción se completa con decir que era de una estatura regular y sumamente delgado.

VIII

Sebastián hubiera dicho *¡eureka!* si hubiera sabido griego; pero como no sabía más que el español, dijo:

—Lo encontré.

Y se fué para aquel hombre.

—Supongo, amigo—dijo llegando á él,—que no le vendría á usted mal ganar algún dinero.

El desarrapado se guardó el pan y el medio arenque que le quedaba en el bolsillo del levitón, se enderezó y dijo, limpiándose la boca con la mano:

—¡Dinero! ¿Y dónde hay dinero?

—Venga usted conmigo—contestó Sebastián.

Y echó á andar, seguido por aquella especie de mendigo.

Como la casa del marqués estaba cerca, llegaron en muy poco tiempo.

Sebastián se entró por el ancho portal y empezó á subir las escaleras.

El otro, que iba á alguna distancia de él, se dirigió también á la escalera.

—¡Eh! ¿Adónde vas tú, perdido? Por ahí no se sube; aquí no se puede estar; conque á tomar el fresco á la calle.

—Voy adonde me llevan—dijo aquel hombre, fijando una mirada humilde en el portero.

—Va conmigo—dijo Sebastián.

—Bueno, bien—dijo el portero.—¿Quién será ese hombre? Nunca ha subido un pelafustán tal por las escaleras principales.

De habitación en habitación, Sebastián llevó á aquel hombre hasta el gabinete donde estaba el marqués.

—Señor—dijo,—aquí traigo á un hombre que me ha parecido de perlas; yo no sé si será como vuecencia lo quiere; en todo caso, buscaré otro.

—¡Que pase!—dijo el marqués.

Entró el harapiento; pero no pasó de la puerta, junto á la cual quedó, sombrero en mano, mirando con extrañeza y con audacia al marqués.

—¡Ponte de perfil!—dijo Morera.

El desconocido se perfiló.

—¡Vuélvete de espaldas!

Se volvió el desconocido.

Los codos de las mangas de su levita estaban bastante rotos, y el descosido de la costura central llegaba hasta la mitad de su espalda.

—Perfectamente—dijo el marqués:—Sebastián, vete, cierra la puerta del antegabinete y espera para abrir cuando éste llame.

—Mi amo está loco—murmuró saliendo Sebastián.

El desconocido continuaba de espaldas al marqués.

—¡Vuélvete!—dijo éste.

Se volvió.

—Tú eres un pícaro, ¿no es esto?—dijo el marqués.

—Todo el que viste y calza como yo lo parece, excelentísimo señor—dijo, inclinándose aquel hombre.

—¿Te ha dicho ese hablador de Sebastián que debías darme tratamiento?

—No, señor excelentísimo; nada me ha dicho ese criado; pero vuecencia tiene la excelencia en el rostro.

—Eres un pillo.

—Gracias, excelentísimo señor.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Pulgón, servidor de vuecencia.

—¡Hermoso apellido!—dijo el marqués.—Pulgón: ¡admirable! Yo tuve un cocinero que se llamaba Hormigón y un ayuda de cámara que se llamaba Plastón. ¡Pulgón! Muy bien. ¿Luis Pulgón? Perfectísimamente.

—Me atrevo á observar á vuecencia que no me llamo Luis, sino Juan.

—¡Luis Pulgón!—repitió el marqués sin hacerle caso.

Juan Pulgón se puso pálido; se animó su mirada, brilló en ella algo que parecía noble, y dió un paso hacia el marqués, al que preguntó:

—¿Tiene acaso vuecencia noticias de mi hijo Luis?...

—¡Cómo! ¿Tienes tú un hijo que se llama Luis? ¡Diablo de

casualidad! Y dime, tunante, ¿por qué no se te perdió tu hijo cuando aún estaba en mantillas?

—Señor, veintiséis años hace que no sé de él.

—¿Y qué edad tenía tu hijo cuando se te perdió?

—Tres días.

—¡Ah! ¿Conque tenía tres días hace veintiséis años?

—Sí, señor.

—¿Y no has vuelto á saber del muchacho?

—No, señor, nunca.

—¿Y por qué se te perdió tu hijo?

—¡Ah! Una historia, una larga historia, una historia fastidiosa: el juego, la embriaguez, la miseria, una mujer hermosa y poco sufrida; un hombre rico que se lleva á la madre y al hijo; la justicia que no ve, ni oye, ni entiende, sino cuando se la paga; que no se mueve; lo desconocido, lo impenetrable, el silencio, el espacio, nada; solo, solo; el corazón lleno de hiel y de veneno, el alma negra, los bolsillos vacíos; profesión, cualquiera; hambre, por el hambre crímenes, disolución, cárcel, presidio, infamia, vejez, desesperación, abandono, mendicidad; hé aquí todo: he dicho á vuecencia el índice de mi historia; los títulos de los capítulos bastan: ¿para qué me quiere vuecencia?

—Para que me vendas á tu hijo.

—¡Mi hijo! Pero ¿dónde está mi hijo? Era mi hijo, sí, señor, no tengo duda de ello; Luisa fué buena mientras fuí rico, porque yo he sido bastante rico; me amaba, ó creía que me amaba; sí, eso es; las mujeres creen amor la pasión, y eso es mentira; la pasión se apaga, se enfría como el hierro candente algún tiempo después de haber salido de la fragua: el amor no muere, el amor es una virtud; yo la amo aún; debe estar vieja y fea si no se la ha llevado el diablo; no importa, yo la amo, la perdonaría; cuando se ama se perdona todo, todo, hasta el envenenamiento que nos cause la mano amada; somos muy débiles, no hay fuertes; esto depende de las circunstancias: el hombre no es otra cosa que una masa sensible, una masa dispuesta á amoldarse; si el molde es malo...; no importa; una mano misteriosa, incontrastable, oprime sobre el molde la masa; yo lo sé muy bien; yo me he amoldado muchas veces en muchos malos huecos, en huecos cada uno de los cuales era una entrada del infierno; no importa: el hambre del corazón y el hambre del estómago me han llevado de la mano; estoy dispuesto á amoldarme á cualquier cosa infame y perversa; sí, señor, sí; soy viejo, pero alimentadme, dadme un jergón en que dormir, una manta con que cubrirme, y ya veréis lo que soy á los quince días; débil de alma, fuerte de cuerpo: en tres días sólo he comido medio arenque y un poco de pan; todavía me quedan algunos cuartos; nadie me da limosna porque uso levita y conservo cierto aire de persona decente; á un niño, á quien su madre sin duda había enviado por aceite á la tienda, porque llevaba en la mano la acei-

tera, se le cayeron dos reales; no sonaron; habían caído sobre lodo; los recogí cuando el niño pasó... ¿y por qué no?; era una limosna que me enviaba la Providencia.

El marqués sacó de su bolsillo una gruesa bolsa y la arrojó á los pies de Juan Pulgón.

Éste no se inclinó; es decir, no inclinó el cuerpo, pero sí una mirada ansiosa, entumecida, que devoraba la bolsa.

—¿Es esa otra limosna que la Providencia me envía?—preguntó Juan Pulgón.

—Recoge eso y véndeme tu hijo—respondió el marqués.

Juan Pulgón se inclinó, recogió la bolsa y la metió con cierta dignidad en el bolsillo de su pantalón.

La bolsa cayó por la pernera al suelo.

—¡Ah! Me había olvidado—dijo recogiéndola Juan Pulgón; —será necesario que retenga esto en la mano: todos mis bolsillos están rotos.

—Pero ¿me vendes tu hijo, ó no?—preguntó el marqués.

—¿Y para qué quiere vuecencia mi hijo?

—Para nada.

—No comprendo á vuecencia; pero supongo que vuecencia, al saber mi nombre y el de mi hijo, habrá reconocido en mí al padre de una persona de la cual vuecencia tendrá sin duda noticias.

—Te equivocas; no tengo ninguna.

—Señor excelentísimo, me atrevo á repetir que no comprendo absolutamente á vuecencia.

—¿Dónde nació tu hijo?—preguntó el marqués con impaciencia.

—En Madrid.

—¿Y dónde fué bautizado?

—En la parroquia de San Sebastián.

—¿No consta que haya muerto?

—No, señor.

—Vete, vístete decentemente y vuelve mañana.

—Señor excelentísimo, mi agradecimiento es inmenso, infinito y será eterno.

—Vete y vuelve mañana si quieres salir rico de mi casa.

—¡Que si quiero! ¡Ah! excelentísimo señor, volveré; beso las manos de vuecencia.

Juan Pulgón salió con la alegría del que tropieza con una fortuna inesperada.

IX

—¡Sebastián! ¡Sebastián!—gritó nuevamente el marqués.

Sebastián penetró en el gabinete á los pocos momentos.

—Búscame al escribano más bribón que haya en todo Madrid—dijo el marqués.

—Entonces no faltará uno—dijo Sebastián;—pero ¿para qué quiere vuecencia al escribano?

—Continúas abusando: me preguntas... ¡vete! y haz lo que te he mandado.

Sebastián salió diciendo para sí:

—Decididamente el señor está loco.

Una hora después, un hombre de fisonomía vulgar, pero astuta y maliciosa dentro de su vulgaridad, decentemente vestido de negro, se inclinaba sonriendo y de una manera servil ante el marqués.

Este le dijo ex abrupto apenas quedaron solos:

—¿Por cuánto dinero consentiría usted en exponerse á ir á presidio?

El escribano se enderezó con la fuerza de una espada de Toledo cuando deja de oprimirla la mano que la dobla.

—¿Que por cuánto dinero querría yo ir á presidio?—dijo el escribano, mirando inquieto en torno suyo y con el semblante más serio del mundo.

—Eso he dicho—contestó fríamente el marqués.

—¿Que por cuánto dinero querré yo ir á presidio?—replicó de una manera más solemne el escribano.

—Sí, eso mismo, ¿por cuánto dinero?

—Esa pregunta es muy vaga, excelentísimo señor; es necesario concretarla: puesto que se puede ir á presidio por dos años, por cuatro, por diez, por toda la vida, necesito saber de qué se trata.

—Se trata de autorizar un documento ilegal.

—¡Ah! Veamos antes. ¿De qué género?

—Siéntese usted y escriba; ahí en mi mesa hay papel; así, por lo que escriba, nos entenderemos mucho mejor.

El escribano se acercó á la mesa, dejó en ella el sombrero, se quitó los guantes de punto, blancos, que puso cuidadosamente sobre el ala del sombrero, y se sentó en el sillón blasonado del marqués.

—Escucho, excelentísimo señor.

El marqués permaneció en silencio y profundamente meditabundo durante algunos segundos. Al fin dictó lo siguiente al escribano:

«Yo, Juan Pulgón, vecino de..., de tal edad..., casado, etcétera, declaro: que en el día de hoy he vendido al excelentísimo señor marqués de la Morera mi hijo Luis, para que dicho señor, cuya esposa ha hecho conocer desde tiempo oportuno un estado de maternidad aparente, pueda hacer constar y aparecer como su hijo legítimo á mi hijo Luis, que le vendo.—He recibido por esta venta doscientos mil reales. Y para que el excelentísimo señor marqués de la Morera pueda probar cuando le convenga que el dicho Luis no es hijo suyo, firmo el presente documento en Madrid á tres de Septiembre de mil ochocientos ocho, en presencia de un secretario de su majestad, que dará fe.—JUAN PULGÓN.»

El marqués calló.

—¿Nada más, excelentísimo señor?—preguntó el escribano.

—Ese es el negocio—contestó el marqués.

—Diez años de presidio—dijo el escribano con la seguridad de un inteligente.

—¿Cuánto?—dijo el marqués.

—¡Diablo! Excelentísimo señor, esto es grave; no se trata solamente del presidio, sino de la inhabilitación perpetua; mi escribanía es muy rica de protocolos, y produce más de tres mil duros anuales. Me parece...

—Un millón de reales—dijo el marqués.

—¡Un millón! ¡Un millón! Quien tiene un millón no está más que nominalmente en presidio: diez años... Ceuta... Melilla... el Peñón de la Gomera ó Alhucemas: ¡demonio!...

—Sí ó no, pronto.

—Aceptado.

—Entonces, mañana.

—Cuando vuecencia guste; pero debo advertir á vuecencia que le alcanzan también diez años de presidio, como al Juan Pulgón que simula la venta.

—Yo no puedo ir á presidio—objetó el marqués.

—Sí, es cierto; respecto á vuecencia, lo arreglarán con un destierro.

—Ese documento no aparecerá en juicio, estoy seguro de ello.

—¡Quién sabe, señor! Además soy un hombre honrado, y debo advertir á vuecencia que este documento, como ilegal, no puede causar efecto alguno; que si ese D. Luis aparece legítimamente reconocido como hijo de vuecencia, por tal se le tendrá, en esto no cabe duda: será, en mi concepto, un escándalo inútil.

—El documento en cuestión se hace para que lo vea una sola persona; basta: mañana se le avisará oportunamente.

A la mañana siguiente se extendió aquel infame documento, autorizado por el escribano y Juan Pulgón, mediante la recompensa prometida, documento que había de producir sobre el hijo legítimo del marqués la desesperación y la muerte.

X

Han pasado dos años.

Estamos en el mes de Septiembre de 1833.

Poco antes del anochecer penetraba por la puerta de Alcalá un hombre mal vestido, fuerte y ancho de hombros, que llevaba á la espalda un morral de lona y un grueso garrote en la mano, con el que accionaba de cuándo en cuándo.

Se deslizó á lo largo del Pósito y se detuvo de repente; le había dado en las narices un olor á guiso.

—¡Demonio! Mucho transciende esa liebre para que no sea gato—dijo dilatando y contrayendo las ventanillas de sus anchas narices;—el gato es un animal apreciable: se come los ratones, que todo lo roen, y en caso de necesidad puede ser comido; no puede darse, pues, bicho más útil; éste huele admirablemente: devorémosle.

Y se entró en el figón, bajando para ello tres escalones.

Había dentro algunos borrachos, y una mujer obesa que iba y venía sin cesar del mostrador al fogón, donde tenía sus pucheros y sus cazuelas; servía vino á los bebedores y acudía á sus guisos.

Gaspar, el hermano mayor del marqués de la Morera, pues éste era el hombre que acababa de penetrar en el figón, se sentó detrás de la puerta, en un estrecho y largo banco colocado ante una estrecha y larga mesa de pino que en otro tiempo fué blanca.

Gaspar puso su morral sobre el banco y dió un golpe con el garrote sobre la mesa, que hizo volver azorada á la tabernera.

—¿Cuánto vale ese gato?—dijo Gaspar, fijando su mirada incontrastable en la tabernera.

—¿Qué gato, señor?—dijo ésta.—¡Vaya un rediós, y qué cosas dicen estos *perdíos!* ¿Quién le ha dicho á usted que aquí se venden gatos, alma mía? ¡Y con pocos vientos que viene el señor!

La tabernera se había sulfurado, y con razón.

Aquel día el gato era liebre verídica.

—Usted perdone, señora—dijo Gaspar,—pero á gato huele la tal liebre.

—¿Ha estado usted en presidio, compañero, que tan bien conoce el olor del gato?

—Mucho que sí, por liberal más *negro* que el carbón.

Estas palabras hicieron rebullirse á un hombre que parecía dormido en un rincón de la taberna.

—Vamos—dijo Gaspar,—sea liebre ó gato, no disputemos: ¿cuánto vale?

—Seis reales—dijo con mal gesto y mal acento la tabernera, porque supuso, tal era la facha de Gaspar, que el capital de éste no podía llegar á cincuenta y un cuartos, y hasta cierto punto con razón, por lo que se vió.

El amnistiado sacó del bolsillo un puñado de calderilla, revuelto con migajas de pan y de queso y partículas de tabaco; contó, y su numerario ascendía á sesenta y ocho cuartos.

—Los seis reales—dijo—serán incluyendo el pan.

—Pues se entiende, señor—dijo la tabernera,—y con guindilla, si á usted le gusta.

La tabernera se acercó, contó y dijo:

—Hay dos pesetas.

—Pues bueno; los dos reales que sobran, de vino.

—¿De cuál? ¿De á seis cuartos, ó del de á ocho?

—Del de á ocho, y el cuarto que sobra de propina.

—Gracias, rumboso; con parroquianos como usted, en tres días coche: ¡vaya un salero!

A todo esto, ni la tabernera, ni los concurrentes á la taberna, ni el que se había rebullido al oir el calificativo de liberal, le habían visto el rostro á causa de la sombra que le proyectaba el ala del ancho sombrero sobre el semblante, del que sólo se distinguían unos largos bigotes blancos.

Al mismo tiempo que la tabernera ponía sobre la mesa, sin mantel, una cazuela oblonga en que había una liebre, una verdadera liebre con cabeza de tal, el hombre que hemos dicho parecía dormir en el rincón, se levantó, se acercó á Gaspar y le dijo en voz baja ahuecada, con esa voz característica de las autoridades de medio pelo:

—¡La carta de seguridad!

—¿La carta de seguridad?—dijo Gaspar de una manera indiferente, sin levantar la cabeza y procurando trinchar la liebre con medio cuchillo y un tenedor de madera que le había servido la tabernera.—¿La carta de seguridad? ¡Vaya una embajada! ¿Conque la carta de seguridad? Tú te has propuesto agriarme la cena, pero te equivocas; si pretendes cenar conmigo, te equivocas también; traigo yo hambre atrasada y por siete. ¡Ea!, lárgate si no quieres...

—¿Cómo que tú no vas á darme de cenar á mí?—dijo el otro cambiando de tono.

Gaspar levantó la cabeza y miró al que le hablaba.

—¡Calla!—dijo.—¡Juan Pulgón! ¿Y eras tú el que me pedías la carta de seguridad, tunante?

Juan Pulgón se inclinó hacia Gaspar y le dijo en voz baja:

—¡Soy de la policía!

—¡Eres un canalla sin vergüenza!—exclamó Gaspar.

—¡Qué quieres!—dijo Juan Pulgón sentándose.—Soy muy desgraciado; todo me sale mal; estoy ya viejo, y hay que agarrarse á un clavo ardiendo; se vive medianamente; ya te diré; pero cena, hombre, cena.

—¿Comemos?—preguntó Gaspar.

—No tengo gana—contestó Juan Pulgón;—he comido bien con unos buenos mozos que por agradecimiento han echado el resto.

—Bebe á lo menos, tunante.

—Tampoco; desde que soy autoridad no bebo sino en casa, cuando voy á acostarme; se hila muy delgado con nosotros, y se nos trata á cara de perro por miserables dos pesetas.

—¿Y los provechos, eh? ¿Crees que vengo del pueblo?

—Los provechos no nos los da el superintendente; nos los tomamos nosotros; eso no entra en cuenta. Pero ¿de veras no tienes carta de seguridad, Gaspar?

—No poseo ese documento.

—Lo tendrás mañana mismo.

—Gracias; tengo, lo que es lo mismo, un pasaporte del corregidor de la Coruña.

—¿Llegas ahora?

—En este momento.

—¿Y por dónde has andado? Hace muchos años que no nos vemos.

—Por el mundo á salto de mata; me metí en aquello de 1827 —dijo Gaspar con la boca llena;—yo tengo un pasaporte tan bueno y limpio como lo puede tener cualquiera otro ciudadano.

Pero viendo que Juan Pulgón había puesto mala cara á aquella palabra, exclamó:

—¡Sí, señor, ciudadano! Un buen liberal no puede ser vasallo de nadie; acuérdate de lo que dice la Constitución del 12: la nación española no puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona.

—Hazme el favor de no hablar de Constitución si no quieres que vuelen mis dos pesetas: la cosa no está segura; se nos concede algo porque se nos necesita, pero hay que andarse con tiento, no nos deslomen de un estacazo, porque al darnos el pie nos tomemos la mano.

—Como quieras. ¿Y qué te haces, Juan? ¡Qué cambios los de la fortuna! En otro tiempo, dinero, consideración, placeres, vida ancha y fácil. ¡Bah! Si entonces nos hubiéramos visto en un sueño tal como nos encontramos ahora, nos hubiera parecido imposible.

—¿Y se te ha quitado ya la manía de tu tesoro? Me acuerdo cuando me decías, especialmente los sábados: ¡Adiós! Voy á pagar á mis minadores, que son unos buenos muchachos.

—Ahora más que nunca: tú eres un incrédulo, y piensas que la noticia de mi tesoro ha salido de algún presidio; no, hombre, no se trata de un *entierro;* puede ser que yo no le encuentre, pero existe positivamente, no tengas duda de ello: unos diez y seis á veinte millones, Juan.

—Pero ¿dónde se encuentra?

—Vaya una pregunta inocente: ¿conque dónde está mi tesoro? ¡Imbécil! ¿Y había yo de decírtelo, mal polizonte? Hablemos de otra cosa.

—De lo que quieras, Gaspar. ¿Qué piensas hacer?

—Partir por algún tiempo, mientras no tenga otro recurso, la miseria de mi madre. ¿Qué querrás creer que ha dado el espléndido marqués de la Morera al primer amor de su padre, á la pobre víctima sacrificada por aquel tirano? ¿Qué? Asómbrate: ¡un duro diario! Esto; después que yo me troné completamente, desde que capitalicé mi pensión para pagar deudas, ¡estúpido! Yo creía que pagando aquellas deudas me abriría un crédito para contraerlas mayores: ¡quiá! Los usureros tienen olfato de sabueso: supieron que había capitalizado mi pensión, y me cerraron su bolsa; desde entonces, mi difunto hermano Juan...

—¿Difunto?...—dijo lleno de extrañeza Juan Pulgón.

—Sí, hombre; murió hace cuatro años de un disgusto gordo que le dió su hijo Luis: ¡pobre chico! Todo su delito consistió en casarse democráticamente. Yo supe esto en Galicia por una casualidad; lo oí á unos viajeros en una posada de Padrón; no me atreví á preguntar, porque andaba yo á trasmanos, como desertor de presidio, y esta es la hora que no sé lo que ha sido de mi sobrino Luis; él es la única esperanza que tengo en Madrid; le hice un buen servicio en Galicia. ¡Vive Dios!, si no le conozco, muere; pero esas son historias que no vienen á cuento; tendré que vivir de las dos pesetas de mi madre.

—¿Dos, ó cinco?—dijo Juan Pulgón, que estaba profundamente pensativo.

—La pensión se ha disminuído á causa de los usureros; se tomaron algunas cantidades sobre la pensión, y la pensión sufre descuentos sobre descuentos: miserias, Juan, miserias: espero únicamente que mi sobrino no se olvide de lo que me debe.

—Resígnate á vivir de las dos pesetas de tu madre: no hay marqués de la Morera.

—¡Cómo! ¿Qué dices? ¿Ha muerto mi pobre sobrino Luis? ¿No ha dejado hijos? ¿Ha heredado su título y su fortuna su prima Eugenia? Porque creo que mi hermano Pedro ha muerto de aneurisma, y mi hermano Antonio se estaba muriendo de asma...

—El marquesado de la Morera no tiene poseedor—dijo Pulgón;—está en depósito: tu sobrino Luis se ha perdido; no se sabe si ha muerto; no se sabe más que estuvo un momento en su casa, precisamente el mismo día que murió su padre de un ataque de apoplejía fulminante.

—Esto me contraría—dijo Gaspar;—deshace todos mis proyectos; de haberlo sabido no hubiera yo venido á Madrid; en fin, paciencia; yo pensaba haberme hospedado en la casa de mi sobrino, pero me iré á la de mi madre. ¡Adiós, Juan!—añadió levantándose.—Ya nos veremos.

—Voy á acompañarte—replicó Pulgón;—tengo que decirte algo muy grave.

—Pues vamos andando—dijo Gaspar, tomando su morral y su garrote.

Y ambos salieron de la taberna.

XI

Durante el camino, que fué bastante largo, como que tuvieron que atravesar medio Madrid, Pulgón reveló á Gaspar la venta de su hijo al marqués de la Morera, con el objeto

de desheredar á Luis, haciéndole pasar por hijo adoptivo.

—¿Y cuánto te dieron por esa infamia?—preguntó Gaspar.

—Diez mil duros, hijo, diez mil duros—contestó Pulgón.

—¿Y qué has hecho de ellos?

—¡Bah! Los he perdido.

—Mentira—dijo Gaspar;—te conozco que mientes en que me has contestado con demasiado aplomo; adivino lo que has hecho con esos diez mil duros.

—Veamos si tienes buen olfato.

—Los has empleado en contrabando: tú ya conocías esa profesión; á ti no te basta con esa cantidad para volver á tu antigua vida; quieres aumentar ese capitalejo; has gastado un poquillo de dinero para que te hagan polizonte, y has querido ser polizonte para explotar tu empleo en favor de tu contrabando.

—¡Ah! Eres un diablo, Gaspar, no hay medio de engañarte: es verdad; pero además del contrabando he empleado mi dinero en otras industrias. Siento no poder ofrecerte nada, porque estoy en compañía; de otro modo...

—Oye, Juan, necesito diez mil reales para mañana.

—Imposible de todo punto.

—¡Bien, muy bien! Diez mil reales por no contar tu historia al superintendente de policía.

—¡Diablo! Esto es abusar—dijo de una manera demasiado seria Pulgón.

—No, amigo mío, esto es explotar de la manera que se puede lo que yo creía inexplotable; nada, hijo, nada, te necesito mañana con esos diez mil reales.

—Te traeré cinco mil, y eso con mucho trabajo; pero convengamos que cuando acabes con ese dinero no me pedirás más á título de silencio acerca de mi vida, porque yo también podría hablar algo acerca de la tuya, Gaspar.

—Convenido; venga esa mano y ¡adiós!; tengo deseos de abrazar á mi madre.

—Y yo necesito ir á presentarme al subdelegado de policía para darle mi parte diario. ¡Adiós!

—¡Hasta mañana!

Pulgón se alejó, y Gaspar sacó de su bolsillo una llave, con la que abrió la puerta de su casa, como si sólo hiciese algunas horas que faltaba de ella, sin embargo de seis años de ausencia.

XII

Juan Pulgón llevó al otro día cinco mil reales, según le había prometido, á Gaspar.

—Te los doy porque quiero—dijo;—porque te estimo, porque eres mi amigo; pero seamos francos: no te estimo en

más de cinco mil reales; cuando los gastes no me pidas más; búscate la vida por otra parte; te advierto que no puedes comprometerme, porque te comprometerías comprometiéndome.

—Perfectamente, estamos de acuerdo; te agradezco estos cinco mil reales; espero darte por ellos cinco mil duros dentro de muy pocos días.

—¡Bravísimo, señor millonario en ciernes! Cinco y diez quince; en cuanto tenga esa cantidad me retiro; estoy desengañado, y sobre todo viejo. ¡Mi hijo! ¡Si yo pudiera encontrar á mi hijo!... Vamos, no hay que pensar en ello; habrá muerto...

—En cambio tienes un hijo postizo que vale un mundo, yo te lo aseguro.

—¡Pobre muchacho!, pero ingrato; no ha venido á buscar á su padre para darle un abrazo; ignoro lo que ha sido de él, como ignoro lo que ha sido de mi propio hijo.

—Vámonos á almorzar, Pulgón; mi madre quería que almorzase con ella, pero la he dicho que tengo el compromiso de almorzar con un amigo; pagaré el almuerzo con tu dinero; después me llevarás á casa de un prendero, porque necesito vestirme algo decentemente: en esto se me irán algunos cuartos; pero ¡cómo ha de ser!, es imprescindible.

Se metieron en una fonda y almorzaron á medio duro cubierto, y de sobre mesa se bebieron importe de otro duro.

Agradecido al obsequio Pulgón, que hacía mucho tiempo no había gozado tan buen almuerzo, dijo á Gaspar:

—Voy á faltar por ti á mi deber de agente de policía secreta; voy á revelarte un secreto que te concierne: anoche, cuando fuí á dar el parte diario al subdelegado, me mandó vigilarte como á persona muy peligrosa, dándome tu nombre y tus señas; la misma orden ha debido darse á toda la policía de Madrid; conque alerta, *chavó*, y no des lugar á que te cojan, te embrollen la amnistía y te vuelvan á presidio.

—Te agradezco el aviso, Juan, pero no te lo agradezco á secas; voy á pedir una botella de ron.

—Bueno, pues por hoy el servicio se va enhoramala; en cuanto te lleve á casa del prendero y te vistas, me voy á mi mechinal, me meto en la cama y paso por enfermo; de todos modos, se nos hace trabajar tanto y á todas horas, que estoy abrumado de sueño y necesito descansar.

—¡Una botella de ron, mozo; pronto, que tenemos prisa!— dijo Gaspar.

Cuando la botella estuvo mediada se le soltó la lengua á Juan Pulgón; y aproximando cuanto pudo la silla á su amigo, le dijo en voz baja:

—También á mí se me persigue.

—¿Qué te has comido que se te ha indigestado?

—Nada, una calumnia: se dice que he ayudado á cometer un *afano*.

—¿Entonces ya no perteneces á la policía?

—Dejemos eso y vamos á lo que importa; yo puedo indicarte un medio para que tu sobrino y tú salgáis del atolladero en que tu difunto hermano, el marqués, os ha metido.

—¿Un medio... tú?

—Ya lo creo; pero es necesario que me ayudes.

—¿De qué manera?

—Es preciso cometer un robo.

—¡Si serás tú canalla! Te denuncian como ladrón, huyes, te ocultas y en seguida vienes á proponerme un nuevo robo.

—El marqués de la Morera, tu hermano—dijo Pulgón haciendo caso omiso de las palabras de Gaspar,—ha escrito unas memorias.

—¿Unas memorias?

—Sí, y tal vez en esas memorias se pruebe la inocencia de tu cuñada y la legitimidad de tu sobrino, porque allí debe estar también la escritura que yo hice.

—¿Y cómo sabes tú que existen esas memorias?

—Hace seis meses me llamó un reverendo padre de San Francisco el Grande: fuí, y cuando entré, el religioso abrió una papelera y sacó un legajo de papeles; escogió uno y guardó cuidadosamente los otros; pero yo, que tengo una vista de águila, había leído esto: «Memorias del marqués de la Morera.»

—¿Y esas memorias están en el convento de San Francisco el Grande?—preguntó Gaspar.

—Sí—contestó Pulgón;—á oscuras iría yo al lugar de la papelera, donde guardó aquellos documentos el fraile.

—¿Y sabes tú cómo se llama ese fraile, Juan?

—Fray Serapio del Camino. ¿Te parece ahora bien el robo que te he propuesto?

—¿Y quién es el guapo que roba un convento de frailes franciscos?

—No hay que apurarse: los frailes van de capa caída, los aborrece todo el mundo; se acuerdan de cuando iban seguidos de los realistas gritando: ¡mueran los *negros!* y buscando liberales comprometidos para entregarlos al verdugo. ¿Quién sabe lo que podría hacerse? Pero se necesita dinero, no mucho...

—Aunque se necesitara un tesoro—dijo Gaspar interrumpiéndole;—hoy mismo voy á ver á mi sobrino y tendrás cuanto necesites.

—Pues empieza por echar oro sobre mi causa; los escribanos andan buscando siempre negocios; lo que te he dicho bien vale la pena, además de que me debes esos cuartos y los cinco mil duros ofrecidos.

—Corriente, no entrarás en la cárcel, yo te lo aseguro; antes de ocho días podrás pasearte como un señor por donde te dé la gana.

—Bien, no te pesará de ello. Pero ¿no te parece que hay

algo que nos une á los dos en las grandes circunstancias?

—No digas tonterías y vengamos al asunto.

—Pregunta lo que quieras, que yo contestaré si puedo.

—¿Para qué te llamó á ti fray Serapio del Camino?

—Para enseñarme la escritura que hice á tu hermano, y para manifestarme que si llegaba el caso y me ratificaba en él se me recompensaría.

—¡Ah buen padre Serapio!—exclamó Gaspar.—Tú eres más fanático por la nobleza de una familia á que no perteneces que lo fué mi difunto hermano Juan.

—Vámonos, Gaspar, que necesito que me dé el aire.

—¿Y podrás guiarme en casa del prendero?

—¿Me has tomado á mí por algún neófito? Lo que yo necesito mientras tú lo arreglas, es meterme cuanto antes en mi gazapera.

—Pues andando, que tengo mucho que hacer.

XIII

Han transcurrido diez meses.

Sobre Madrid se había presentado durante el día una nube pardusca, de la que se desprendían de cuando en cuando gruesas gotas de agua que dejaban impregnada la atmósfera de un olor pestilente.

La primera acometida del cólera había sido rápida, violenta, espantosa.

Empezaban á circular los carros cargados de cadáveres.

Juan Pulgón se fué á la taberna donde se juntaba la canalla, murmurando:

—Ha llegado la hora, y hay que ponerse de acuerdo.

Entre tanto un rumor hostil contra los frailes había circulado por las tabernas, por todos los mercados, por todos los lugares puestos al alcance de la canalla.

El crimen estaba insidiosa y horriblemente preparado; sólo faltaba determinarle.

Juan Pulgón penetró en una taberna atestada de gente maleante; y acercándose al dueño del establecimiento, le dijo:

—Búscame á Rompehuesos, que venga al instante, que importa.

Algunos minutos después, un hombrecillo viejo, jorobado, reseco, manco, cojo, y no sabemos por qué, en vez de llamarle Rompehuesos no le llamaban huesos rotos, entraba en el cuartito donde esperaba Juan Pulgón.

—¿Qué hay que hacer?—preguntó el mutilado de un modo salvaje.

—Dar una batida á los frailes de San Francisco el Grande.

—¿Y cómo penetramos en esa especie de fortaleza?

—Yo facilitaré la entrada: mañana, á las cinco de la tarde, estarás con tu gente delante de las puertas del convento; y ¡adiós!, que tengo que recorrer todas las tabernas de Madrid.

Durante el día había corrido el siniestro rumor del envenenamiento de las aguas por los frailes.

Tal era la mortandad, tal el aspecto horrible de los cadáveres, tal su rápida descomposición, que la idea del envenenamiento fué tomando consistencia en el ánimo del vulgo de todas clases y condiciones.

Los conventos estaban vigilados, y ni un solo fraile, á excepción de fray Serapio y alguno que otro, se atrevieron á salir de los conventos.

Aquellos grupos que vigilaban estaban formados por seres excepcionales.

Transpuso el sol, y el crepúsculo empezó á envolver en penumbras las calles de Madrid.

Los conventos de Santo Tomás, la Trinidad y San Isidro habían sido ya asaltados y degollados los frailes.

San Francisco el Grande aun no había sido invadido.

Poco antes de oscurecer, un hombre había pasado por entre los grupos; y como si su presencia hubiera sido una señal, los grupos rugieron, se conmovieron, gritaron y se lanzaron sobre el convento.

El hombre que había producido la acometida era Juan Pulgón.

La plebe se había provisto de una viga que usaba en forma de ariete contra la puerta cerrada, la que cedió hecha pedazos.

La horda invadió el convento. Mientras todos á cuál más podía correr, pasando los fuertes sobre los más débiles, invadían la escalera principal, un hombre solo, á la carrera, ganó una escalerilla estrecha situada en un ángulo del patio.

En el convento no había una sola luz.

Pero los bárbaros irruptores se habían provisto de hachas de viento que lo iluminaban todo de una manera lúgubre, fuerte, oscilante, que determinaban sombras monstruosas y sombrías penumbras.

Por la escalerilla á que nos hemos referido sólo había subido un hombre.

Aquel hombre era Juan Pulgón.

Subió al claustro alto, donde penetraba el reflejo de las antorchas de los acometedores, y llegó á la puerta de la celda del padre Serapio.

Juan Pulgón llevaba en la mano un par de pistolas.

Tocó al picaporte de la puerta y la encontró cerrada por dentro.

Tomó distancia, y dió á la puerta una terrible patada, pero ésta resistió.

Juan Pulgón puso una pistola en la cerradura, y disparó: la entrada quedó franca.

Inmediatamente Juan Pulgón sintió que entre el fondo oscuro de la celda se avanzaba á él un hombre que le hería.

El arma de aquel hombre, navaja ó puñal, dió en hueso, resbaló, rasgó superficialmente y cayó al suelo.

Juan Pulgón, que no era valiente, sintió un terror infinito, y por instinto de conservación se agarró á aquel bulto que tenía encima: aquel bulto se agarró fuertemente á él y le mordió en el cuello.

Juan Pulgón lanzó un grito agudo, formidable; y creyendo ser devorado, apoyó la boca de la otra pistola en el costado de aquel hombre y disparó.

Los terribles brazos y los crueles dientes se aflojaron, y se oyó el golpe pesado de un hombre que cayó en tierra.

Juan Pulgón, á pesar del dolor de sus heridas, entró en la oscura celda, buscó á tientas, encontró la papelera de fray Serapio, pero cerrada.

Sus manos tropezaron con un enorme tintero de jaspe, lo levantó en forma de maza, y de un solo golpe abrió la papelera, al mismo tiempo que sentía en el semblante un chorreón de la tinta vertida; al propio tiempo la sangre corría en abundancia de sus heridas; el cuello, atarazado, le hacía sentir por momentos un dolor agudísimo.

Tentaba, sin embargo, ansioso, dentro de la papelera; encontró un esportillo lleno de oro, según pudo juzgar por el peso, y guardó tembloroso aquel oro en sus bolsillos; siguió palpando, pero había muchos papeles.

¿Cuáles eran las memorias del marqués, por las que Gaspar debía darle quince mil duros?

Juan Pulgón se desesperaba. De improviso tembló un reflejo en la celda; se oyó estruendo de voces que gritaban: ¡Aquí, aquí hay uno muerto! ¡Mueran, mueran los envenenadores!

Juan Pulgón vió un legajo, lo desató y encontró el pliego anhelado, y adherido á él con una oblea otro papel, que era aquel terrible documento en que Juan confesaba haber vendido su hijo al marqués de la Morera. Guardó precipitadamente el pliego, y rompió el infame papel en pequeños pedazos.

La celda entre tanto se había inundado de hombres feroces.

Dos hachas de viento ardían dentro de ella.

Al ver aquellos tigres á Juan Pulgón, negro, rojo, ridículo, soltaron la carcajada.

Pero á esta explosión de hilaridad sucedió otra explosión amenazadora.

—¡Venga nuestra parte de lo que has encontrado aquí! Ahora no hay jefes, ¿entiendes? Aquí todos somos iguales.

—Ahora no es hora de repartir—dijo Juan Pulgón;—yo ten-

go un poco de oro, pero hay que registrar las otras celdas; estos bribones eran muy ricos.

—¡Ah!—exclamó Rompehuesos el jorobado, que se había empinado hacia la papelera;—aquí hay un legajo de billetes de banco.

A aquellas palabras, todos se abalanzaron al jorobado, y Juan Pulgón, aprovechando aquel momento, escapó.

El peligro le reanimó, le prestó fuerzas; se precipitó por las escaleras; pero al llegar al pie de ellas, cayó: no podía más.

Media hora después, sin hachas de viento, sin voces, sin alaridos, se precipitó, rápida como una avenida, una corriente humana que pasó sobre Juan Pulgón, pisándole, magullándole, haciéndole lanzar alaridos: aquella corriente se precipitó fuera del convento, arrolló á la compañía de milicia urbana que había acudido por sí misma, sin orden alguna, al socorro de los frailes.

Por fin penetraron en el convento algunos vecinos con luces y la compañía de milicia urbana.

Al pie de la escalera principal encontraron sin sentido á Juan Pulgón.

Se le reconoció y se le hallaron los bolsillos llenos de oro y el pliego cerrado en cuyo sobre se leía: «Memorias del marqués de las Moreras.»

Más arriba hallaron casi roto á Rompehuesos; el jorobado había sido arrollado, pisado y estropeado por el aluvión humano que había pasado sobre él.

Estaba expirante.

Juan Pulgón y Rompe-huesos fueron llevados al hospital en calidad de presos.

XIV

Ha pasado un mes.

Rompehuesos había fallecido; pero en cambio el proceso de Juan Pulgón continuaba con gran actividad, al mismo tiempo que se curaban las heridas del miserable.

Un mes después del asesinato de los frailes pudo ser trasladado del hospital á la cárcel de Villa.

El proceso había pasado ya á la Audiencia para la vista; en el inferior, Juan Pulgón había sido sentenciado á muerte.

La Audiencia confirmó la sentencia de muerte del inferior; el 17 de Agosto, el juez de la causa, acompañado de un escribano, llamó á la entrepuerta de la cárcel de Villa á punto que el reloj del cercano convento de Santo Tomás daba las doce del día; el alcaide se apresuró á franquear el rastrillo, que se abrió crujiendo de un modo lúgubre.

—¡Traiga usted á la entrepuerta á Juan Pulgón!—dijo el juez al alcaide.

Se oyeron á poco crujir los rastrillos del patio, y precedido por el alcaide y seguido de dos calaboceros, apareció Juan Pulgón demacrado, pálido, horrible, feo, con la barba crecida, los cabellos blancos, largos y desordenados, inclinada la cabeza bajo el terror, cubierto de andrajos y andando con dificultad á causa del par de enormes grillos que llevaba en los pies y que marcaban su lento paso con un crujido seco y áspero; lanzó al juez una cobarde y sombría mirada de lobo cogido en el lazo y se detuvo al oir la fría voz de mando del cabo, que decía:

—¡Escolta, preparen!

A esta orden militar siguió otra orden pronunciada con voz opaca por el juez y dirigida á Juan Pulgón:

—¡Arrodíllese usted!

Juan Pulgón se arrodilló con gran dificultad á causa de los grillos, y necesitando para ello la ayuda de los dependientes.

Se descubrieron el juez, el escribano y cuantas personas les rodeaban.

—¡En nombre de la reina!—dijo el juez, tomando un pliego de papel sellado que le alargaba el escribano.

Después leyó una larga sentencia, que terminaba condenando á muerte en garrote vil á Juan Pulgón, firmada por cinco magistrados que habían fallado el proceso.

Al oir el nombre del presidente de la Sala, Juan Pulgón, como impulsado por una poderosa corriente eléctrica, se puso en pie de un salto, descompuesto, lívido, aterrado, desesperado.

El juez y el escribano retrocedieron.

El cabo, equivocándose, dijo con voz enérgica:

—¡Escolta, apunten!

Los calaboceros y el alcaide se lanzaron sobre Juan Pulgón y le sujetaron.

—No, no—dijo el sentenciado con voz entrecortada y trémula,—no es eso; yo no quiero hacer daño á nadie; es que ha pasado por mí toda la ira de Dios: señor juez, hágame usía el favor de leer otra vez los nombres de los señores de la Sala; yo he debido equivocarme: ¿ha dicho usía D. Juan Sotillo de Valcárcel?

Pronunció con tal agonía estas palabras Juan Pulgón, de una manera tan dolorosa, tan suprema, que todos se estremecieron.

—Sí, Juan Pulgón, sí—contestó el juez, conmovido por aquel no sé qué misterioso, terrible, que se desprendía del sentenciado;—el señor D. Juan Sotillo de Valcárcel es el presidente de la Sala, que se ha visto dolorosamente obligado, como antes yo, á sentenciar á usted en nombre de la justicia y la sociedad ofendidas.

—Gracias, señor juez—dijo con voz apagada Juan Pulgón, inclinando la cabeza sobre el pecho.

—Levanten ustedes esos fusiles—dijo el juez.

—¡Escolta, retiren!—dijo el cabo.

Los soldados volvieron á la posición de arma preparada.

Gruesas lágrimas corrían á lo largo del repugnante semblante de Juan Pulgón.

—¿Está usted conforme con la sentencia?—le preguntó el juez.

—Sí, señor—contestó con acento opaco el sentenciado.

—Firme usted, pues—dijo el escribano, á quien el juez había dado la sentencia, poniéndola sobre la mesa de la entrepuerta.

Juan Pulgón se acercó, tomó una pluma con mano trémula, y al ir á firmar vaciló y se detuvo un momento.

—¡No, nunca!—dijo como hablando consigo mismo.—Juan Pulgón: ¡jamás! Yo me llamo Juan Pulgón.

Y firmó con este nombre de una manera nerviosa.

—Que se retire la escolta—dijo el juez.

El cabo marchó con los cuatro soldados.

—La conmoción y el dolor de que veo á usted poseído por otra causa sin duda harto diferente del espanto producido en un reo por su sentencia de muerte—añadió el juez con acento dulce, acercándose á Juan Pulgón,—me obligan á preguntarle si tiene usted algo que decir; no es el juez el que pregunta á usted, es el hombre.

Juan Pulgón se estremeció, miró con ansia al juez, dudó, y luego, rehaciéndose, dijo:

—No, señor juez; gracias, gracias de todo corazón, pero nada tengo que decir, nada, sino que la justicia de Dios es infinitamente más terrible que la justicia de los hombres.

—¡Que Dios en su misericordia dé á usted fuerzas, Juan Pulgón!—dijo el juez conmovido aún.

El magistrado y el escribano dejaron en la capilla á Juan Pulgón, acompañado del alcaide y establecida la guardia de centinelas de vista.

XV

—¿Qué dice usted de esto, Aguilera?—preguntó el juez al escribano mientras se dirigían á la Audiencia, que estaba unida á la cárcel de Villa.

—Veo algo que espanta, D. Baltasar—contestó el escribano.

—Demasiado espantoso—observó el juez.

—La identidad del reo no ha podido probarse—añadió el escribano;—no se ha encontrado un solo hilo. Pulgón es indudablemente un apodo convertido en apellido; ese hombre oculta su nombre en un misterio impenetrable: ¿por qué ese terrible sacudimiento, su espanto, cuando oyó el nombre del presidente de la Sala que le ha sentenciado?

—Silencio, Aguilera, silencio; que nada sepa de esto don Juan Sotillo. ¡Ah! La providencia de Dios; sí, sí, ese hombre ha dicho bien: nuestra justicia es nada en comparación de la justicia de Dios.

En este momento, el juez y el escribano entraban en la Audiencia por la puerta principal, y guardaron silencio; pero todos los curiales notaron que venían conmovidos, y esto dió lugar á una multitud de interpretaciones.

—¿Habrá hecho alguna revelación importante el reo?

—¿Habrá comprometido algún personaje gordo?

—Aquí hay un misterio.

—El asunto es muy grave.

A este tenor se agitaban las murmuraciones.

No atreviéndose á sondear al juez, sondearon al escribano, que se mantuvo impenetrable.

Estas murmuraciones llegaron á oídos de los magistrados, y el presidente de Sala D. Juan Sotillo de Valcárcel se creyó en el deber de llamar al juez de la causa que había notificado la sentencia al reo.

Se encerró con él, y le dijo:

—Señor D. Baltasar, vamos á hablar de caballero á caballero.

—No comprendo á usted, señor D. Juan—contestó don Baltasar, esforzándose por aparecer sereno.

—Yo, en cambio, comprendo—dijo D. Juan—que usted sabe algo terrible, algo que ha surgido de la notificación de la sentencia á ese desdichado.

—Yo soy blando de corazón—respondió D. Baltasar,—y cuando me veo obligado á notificar una sentencia de muerte, me conmuevo, me pongo malo, me dura la impresión de lo terrible más de quince días.

—Eso quiere decir que ha hecho revelaciones.

—Lo que ha revelado es un terror inmenso, un terror que nada tiene de común con el que causa generalmente en los reos la notificación de la sentencia de muerte.

—¿Y ese extraño terror del reo es el que ha causado en usted, D. Baltasar, esa conmoción también extraña en que ha reparado todo el mundo?

—Sí, señor; he visto algo espantoso, algo terrible en las palabras, en la mirada, en el semblante del sentenciado.

—Salgamos, D. Baltasar, no se interprete nuestra entrevista á puerta cerrada.

D. Juan abrió la puerta y salió con el juez de primera instancia; se despidió de él y se metió en el coche, que le esperaba á la puerta de la Audiencia, diciendo al lacayo:

—¡A la cárcel de Villa!

Inmediatamente fué introducido en la capilla, acompañado del alcaide y algunos dependientes.

Dos agonizantes se habían apoderado ya de Juan Pulgón, y le trabajaban.

—Necesito quedarme á solas con el reo—dijo Sotillo con suma atención á los dos clérigos y al alcaide;—soy el presidente de la Sala que le ha sentenciado.

Juan Pulgón, que, calenturiento, enfermo, no pudiendo mantenerse sentado en una silla, estaba echado en un colchón puesto en el suelo, incorporado sobre uno de sus brazos, con la cabeza doblada sobre el pecho, no se sabía si escuchaba ó no las palabras de los sacerdotes que le preparaban á bien morir; oyó las palabras que acababa de decir Sotillo, puesto que se irguió de una manera violenta y miró con ansia, con dolor, con agonía, de una forma indescribible al oidor, que le devoraba con la mirada. Temblaban sus mejillas, se contraía su boca, se agitaba todo su cuerpo; se notó que quiso hablar y no pudo, y al fin dijo, con una voz horrible, chillona, trémula y débil:

—Sí, dejad solo conmigo á su señoría; dejadle solo, tengo que decirle mucho... ¡ah! sí, quiero hablarle.

Todos salieron de la capilla.

Juan Pulgón continuaba mirando de una manera cada vez más ansiosa á Sotillo.

El togado sentía un malestar inexplicable, algo que le impulsaba hacia aquel hombre, algo también que lo rechazaba.

—Siéntese usía aquí, cerca de mí; quiero ver bien á usía—dijo Juan Pulgón con el acento apenas perceptible.

Sotillo se sentó aturdido ya, dominado por la extraña influencia que sobre él ejercía el reo.

Hizo un esfuerzo, logró dominarse hasta cierto punto y preguntó al reo:

—¿Qué es lo que tiene usted que declarar?

—¡Oh! yo puedo decir mucho; ¡ah! si yo dijera lo que puedo decir... Pero no diré una palabra, sería un crimen, sería... ¡oh qué horror! No, basta con que padezca yo solo. ¿Por qué, por qué sentenciarle á él también?—añadió como hablando consigo mismo.—¡Basta de horror! Es menester que seamos buenos alguna vez.

—Este hombre está loco—murmuró Sotillo.

—Yo creo que sí, señor presidente—dijo Juan Pulgón,—creo que sí; tengo en la cabeza algo que hierve, sangre, el diablo de la sangre se sube, se sube. ¡Bah! en otro tiempo, cuando yo amaba la vida..., porque era feliz, porque era rico, porque tenía una hermosa mujer... y un hermoso hijo...; luego, cuando uno se ha quedado solo en el mundo; cuando en lugar de corazón nos queda un hueco lleno de hiel corrosiva, entonces la primera bribona que encontramos nos parece tan buena como la adorada mujer que ha herido... Después la orgía, el desorden; por la mañana despertamos bajo la mesa de una tasca, con la cabeza pesada y el bolsillo vacío...; hemos enterrado en fango la herencia de nuestros padres; luego... los escalones se bajan con dura rapidez, y en el último encontramos la ganzúa y el puñal...

Sotillo había acabado por sentir miedo, por aturdirse, viendo al sentenciado á través de una neblina levemente rojiza.

El semblante, la mirada, la mueca que contraía la boca de Juan Pulgón, el timbre frío, desapacible, desigual de su voz, sus palabras extrañas, la leve carcajada con que había acompañado sus exclamaciones, todo esto había influído de una manera magnética en el presidente de Sala.

Hizo un nuevo esfuerzo, recobró cuanto pudo su aspecto oficial y dijo:

—Perdemos el tiempo; usted ha hablado de revelaciones, de alguna persona á quien no quiere usted nombrar...

—No, no, y cien veces no; voy á morir agarrotado por asesino; el nombre de mi hijo bajará conmigo al sepulcro; no hablemos más de esto; no diré una palabra aunque me hagan pedazos.

—Piense usted que dentro de algunas horas estará delante de Dios, y si su hijo es cómplice...

—¿Y quién ha dicho á usía que mi hijo sea criminal? ¡Ah! no, mi hijo es tan honrado y tan respetable como usía. ¿Tiene usted madre, señor presidente?

—¿Qué le importa á usted eso?—exclamó aturdido, sin saber por qué, Sotillo.

—¿Por qué? ¡Qué sé yo! Se me ha ocurrido esa pregunta como otra cualquiera.

—No; ha muerto—dijo el magistrado de una manera maquinal.

—¡Ah!, sí, está usía de luto; pero ese luto podía ser también por su padre.

—Era yo muy niño cuando mi padre murió.

—¡Pobre señor! Y no ha podido tener el orgullo de ver á su hijo presidente de Sala, sentenciando á criminales y asesinos como yo. ¡Qué horror, Dios mío!—exclamó Juan Pulgón, asiéndose con ambas manos la cabeza.—Estas oleadas de sangre que sube..., que me ahoga...; ya pasó: ¡válgame Dios! ¿Y debe hacer poco tiempo que murió la madre de usía?

—Sí; murió la misma noche que usted asesinaba á los frailes de San Francisco.

Juan Pulgón dió un grito horrible, extendió los brazos sobre su cabeza y cayó de boca contra el suelo.

—¡Que socorran á este desdichado!—dijo Sotillo, lanzándose conmovido á la puerta de la capilla.

Los hermanos de la Caridad y los sacerdotes entraron y levantaron á Juan Pulgón.

Estaba muerto.

FIN





